

Un vuelo por las estrellas PROCESO AL DESCUBRIDOR DE LA BOMBA

“SI los astros estuviesen habitados...” puede ser un buen compañero de vacaciones veraniegas. Cada año el hombre que vive en la ciudad y pasa una temporada de desahogo en el campo se siente sorprendido de nuevo por ese espectáculo sagrado de la noche estrellada, y en nuestra era atómica es más fácil que se pregunte por lo que ocultan las brillantes estrellas que ve relucir sobre su cabeza que no que se ponga a hacer lirismo romántico sobre las mismas. Las aventuras espaciales son cada día más inquietantes y algunos pueden seguir llorando sobre la soledad que el hombre está llevando a las regiones cósmicas no holladas jamás, como antes lloraron sobre el azul del cielo que las chimeneas de las fábricas también profanaban por lo visto, pero la verdad es que esas aventuras científicas superan en hermosura a cualquier construcción poética. Y, como decía, en inquietud incluso metafísica.

Parte de esta inquietud metafísica y teología es la que queda recogida en la formidable encuesta que recoge este libro de Henri Duquaire publicada en su día en «Le Figaro» y a la que no solamente los encuestados sino también los lectores que escribieron por su cuenta añadieron un sumo interés, suscitando diversas cuestiones que pudimos llamar t a n g e n c i a l e s con la primera intención del encuestador, pero no, por eso, menos interesantes.

Opinan sobre los problemas teológicos que se plantearían ante el hecho de que los astros estuviesen habitados el jesuita P. Danielou, el pastor Jean Bosc, el P. Jenatton, Jean Gujton, el biólogo Jean Ronsland, el rabino Touafí y Si Boubekeur, presidente de la Mezquita de París. Y hay una cosa importante en las respuestas de esos hombres de Iglesia con referencia a la ciencia y a sus respectivos libros santos: todos están de acuerdo que lo que en la Biblia, por ejemplo, se nos transmite es un mensaje de salvación y amor personal de Dios por su criatura, pero en modo alguno una cosmología, por ejemplo, ni ninguna otra cosmología científica, de manera que abominan de toda clase de declaraciones y aun

libros que todavía tratan de reconciliar la visión científica moderna del mundo con las viejas cosmogonías de los libros santos. Conflictos como los que se suscitaron en el siglo pasado entre ciencia y fe no tienen sentido, como no tiene sentido alguno hacer una apologética a base de argumentos científicos. Es un dato importante a retener.

Otro aspecto del libro es la honradez y la humildad que los científicos y teólogos declaran no saber nada, cuando efectivamente no lo saben, y, por supuesto, la renuncia a plantearse problemas ridículos como los que se había planteado, por ejemplo, la escolástica decadente del XVIII español. Ya que el planteamiento teológico de la existencia de seres racionales en otros planetas no es en absoluto un capricho de gentes desocupadas sino una especie de planetización de los problemas por parte de la teología en una época en que el cristocentrismo de todo el cosmos viene subyugando a los mismos científicos. Por esto quizás el libro contiene también un hermoso texto del P. Teilhard que plantea muy excitantemente todas estas cuestiones.

Ahora bien, las teorías teilhardianas quedarían heridas de muerte si mañana se descubriesen otros seres racionales como nosotros o superiores a nosotros, como quedaría herido nuestro antropocentrismo cósmico con ese mismo descubrimiento. La teología, sin embargo, tiene una cosa cierta: que Cristo es el Señor de todo el cosmos y esto nos es suficiente. Más que suficiente. Todos los otros problemas relativos a si esos otros seres racionales han sido redimidos o cómo o si no han necesitado de redención, se vuelven secundarios y así son tratados en el libro.

Otra cosa: un astrónomo asegura que puede dar pruebas matemáticas de la existencia de seres racionales en alguna parte que no es la tierra y toda una serie de observaciones científicas serias, si no demuestran, sí parecen autorizar, según el criterio de algunos científicos, la hipótesis de la existencia de esos seres. Nuestro dogmatismo pseudocientífico y superracionalista nos hace sonreír. El escepticismo nos ha calado

demasiado como primera actitud espiritual y este escepticismo, como la hipercritica, adoptados como sistemas no favorecerán ni siquiera a la más rigurosa ciencia. No permitiría formular hipótesis. Por supuesto que no se trata de alabar el irracionalismo, pero ¿acaso no podremos preguntarnos con Jung y algunos sabios hindúes, si el hombre occidental no ha perdido algún sexto sentido o una peculiar orientación de su propia razón, pérdida que le obstruye la comprensión o imaginación de algunas realidades que prejuja imposibles? Y no se trata tampoco de ciencia-ficción, desde luego. Se trata de toda esa problemática de la ciencia moderna que, en su cima, se encuentra a diario en el límite de lo racional.

Pero sea lo que sea de estas

cuestiones tan difíciles como excitantes y sobre las que solamente los especialistas pueden decirnos algo, la lectura de este libro es como una inquietante aventura personal. Algunos dirán que es un escape de la realidad. Puede ser. No veo en nombre de que unos nuevos inquisidores pretendan prohibir al hombre todo vuelo de belleza o aun de alegría. Como si en cada vuelo a la hipótesis científica o a las regiones místicas el hombre no hubiese conquistado su libertad más íntima y también su más alta realización humana. Aparte de que probablemente es desde esas alturas desde donde las pobres discusiones y conflictos humanos adquieren su verdadera dimensión ridícula y trágica.

JOSE JIMENEZ LOZANO

CUANDO el 6 de agosto de 1945, en el «USA Augusta», —avión en el que el Presidente de los Estados Unidos regresaba a Washington tras firmar el acuerdo de Potsdam—, se recibió la noticia del éxito de la explosión atómica en Hiroshima, Truman no pudo reprimir una exclamación: «Esta es la cosa más grande del mundo!» Setenta mil seres habían muerto en un segundo y la ciudad era un enorme brasero. Pero los científicos que, en Alameda, habían contribuido a la creación de la terrible arma nuclear, no podían poseer la misma alegría que su Presidente. En realidad, para muchos, la alegría no volvería a asomarse más a sus rostros.

Sólo una justificación podía existir para estos hombres: que la bomba con sus mortíferos efectos hubiera precipitado la guerra hacia un rápido desenlace, arrancando al balance final un buen número de vidas humanas. Los olvidados del general Mac Arthur, efectivamente, seguían desahagándose ante la resistencia que oponían en cada isla de los japoneses. Se ha calculado que la ocupación total de las islas

niponas hubiera traído consigo unos 500.000 muertos norteamericanos y dos millones de muertos japoneses. ¿Pueden tomarse estas afirmaciones como ciertas? Las consignas lanzadas, por entonces, desde Tokio en nada se parecían a las que, al principio de la contienda, hablaban de la inminente victoria del Imperio del Sol Naciente; limitándose a invitar a los soldados a morir con honor. El hecho de que cada infante se hubiera transformado por esta inutil llamada al heroísmo en un skamikaze apenas variaba las circustancias de una realidad tan evidente como la expuesta por Knebel y Bailey: «El desastre era ya completo en el Japón y todo faltaba. Se fabricaban cascos para obuses con metales sustitutos porque carecían de cobre; no había cañones para reemplazar los ya gastados de las ametralladoras y algunas unidades regulares habían tenido que ser armadas con lanzas de bambú».

Pero aún había más. Estaba por medio la denuncia por parte de Moscú del acuerdo de neutralidad ruso-nipón y el progresivo aumento de los bombardeos norteamericanos

al núcleo central de las islas: un solo bombardeo convencional de Tokio había provocado ya 80.000 muertos y 1.500.000 de personas estaban sin techo. La guerra no podía durar demasiado. Y esto lo sabían tanto los científicos como los altos mandos militares —uno de ellos Eisenhower— que se opusieron al lanzamiento del artefacto atómico.

Detrás de la explosión había, sin duda, otras razones que la fácil victoria sobre Japón. El poderío militar de que hicieron gala los rusos en las últimas jornadas de la derrota alemana y sus pretensiones en los acuerdos de Yalta, tenían preocupados a ingleses y norteamericanos. Era necesario reducir la posición cada vez más prominente de los soviéticos y evitar a todo trance su participación en la guerra japonesa, que les permitiría la intervención en los asuntos del Extremo Oriente. La presencia de la bomba en Hiroshima y Nagasaki, zanjaría de un solo golpe el conflicto armado y reduciría de un modo considerable el nivel de los rusos ante sus poderosos aliados. Pero era este el propósito inicial, que aparte de la pura exigencia científica, había llevado al doctor Julius Robert Oppenheimer a confinarse en Los Alamos, para tratar de dar forma al proyecto que señalara Einstein al Presidente Roosevelt en agosto de 1939?

Tanto a Oppenheimer, como a Szilard, Fermi o Franck no les hubiera agradado saber que el arma en la que trabajaron pudiera ser empleada para otro fin que el puramente defensivo. Cuando se inician las operaciones de investigación en 1942 sólo se tiene una obsesión: la guerra con Alemania y el convencimiento de que el enemigo está preparando también su bomba. Es necesario ganarle la delantera a cualquier precio. Pero cuando en julio de 1945 se realiza el primer ensayo en Alamogordo, la guerra con Alemania hace un mes que ha terminado y la bomba, que se ha dejado caer desde una torreta de treinta metros, paraliza de asombro a sus descubridores. Es ya demasiado tarde para volverse atrás. Sólo Oppenheimer —coordinador científico del proyecto Manhattan, director de los trabajos científicos sobre las armas nucleares y consejero del Gobierno—, a quien en el momento de la explosión se le ha visto apoyado en un pilar de la sala de control recitando un pasaje del Gita, poema sagrado de los hindúes, tendrá el valor de enfrentarse con sus escrupulosos unos días más tarde.

Pero esta osadía habría de pagarla bien cara. Julius Robert Oppenheimer tendrá que responder a las preguntas del abogado Robb, representante de la «Comisión de Seguridad del Personal», que pretende demostrar como el científico judío fue siempre un peligro para la seguridad; ante la negativa de éste a fabricar una bomba de mayor potencia que la atómica: la bomba «H» o termonuclear. Las exigencias de la sociedad pretenden, a veces, la absoluta entrega del individuo; sin comprender que en esta renuncia ya implícita la negativa a la propia estimación humana y por ende a la humanidad misma, entre la que se incluye esa sociedad. Oppenheimer al no aceptar plenamente sus escrupulos y blandirlos como un argumento inobjetable, se debate entre aceptar unas órdenes que estima monstruosas o aceptar a sí mismo. Pocos procesos en la historia han demostrado con mayor patetismo el enfrentamiento del individuo a las injustas pretensiones que en ocasiones reclama la sociedad.

A los veinte años de la explosión en Hiroshima, cuando todo el mundo recuerda la tragedia de aquel pueblo, nosotros queremos tan sólo mostrar aquí el drama de un hombre que, como cualquier otro, encarna en sí a la humanidad toda.

GUILLERMO DIEZ

¿Se modificará la Ley de Sociedades Anónimas?

El Servicio de Estudios del Banco Atlántico ha difundido la noticia de que está estudiando por los órganos competentes la modificación de la actual ley de Sociedades Anónimas. La importancia que en sí representa y las repercusiones que pueda tener en la vida práctica de nuestras empresas, nos anima a adelantar un pequeño juicio sobre aquellos aspectos a los que, según parece, afectarán de forma más notable las modificaciones que se van a introducir.

La actual ley por la que se rigen las Sociedades Anónimas, supuso en su publicación (17-7-51), un adelanto gigantesco respecto a la amalgama de legislación, que de forma compleja y mixta las regulaba. Pese a sus defectos, en el momento de emitir un juicio crítico sobre ella, siempre será favorable.

Si tenemos en cuenta que el medio en que se ha de aplicar es eminentemente dinámico, y está constantemente sometido a la evolución económica, social y política del país, no es de extrañar que la legislación en algunos aspectos haya quedado desactualizada. Esta posible adaptación de la ley a la nueva realidad económica de nuestra nación, deberá tener un espíritu más amplio para dar también cobijo, a aquellas otras modificaciones que representan un paso más hacia la perfección que reclama dicha ley.

La actual legislación señala que adoptarán obligatoriamente la forma de Sociedad Anónima todas aquellas sociedades con un capital superior a cinco millones de pesetas, y voluntariamente

te aquellas en las que se limite la responsabilidad de los socios. Esta disposición no tiene correspondencia en la legislación comparada e incluso no figuraba en el anteproyecto de dicha ley. Con esta amplitud de criterio se amparan en un régimen favorable unidades económicas, que podíamos llamar —permitiéndonos una redundancia— económicamente débiles. Una simple limitación de responsabilidad les equipara a sociedades con poder económico y financiero mayor, verdaderos habitantes de una economía en expansión.

El proyecto de modificación parece dirigirse a elevar la cifra de capital de la anterior disposición a veinte millones de pesetas. No cabe la menor duda de la oportunidad de esta reforma, ya que la devaluación monetaria y la exigencia cada vez más agobiante de explotar tamaños óptimos de producción, requieren unas cifras de negocios muy cuantiosas, y que en todos los casos deben estar respaldadas con una garantía mínima. Pero, ¿al elevarse la cifra de capital, se promocionará realmente la creación de sociedades económicamente óptimas? A esta pregunta habrá que responder en sentido negativo, si no se suprime la alternativa de la limitación de responsabilidad, que deja siempre la puerta abierta para la creación de sociedades «trauquitas», no acordes con la actual tendencia que se dirige a eliminar toda atomización productiva.

Se puede admitir con cierta verosimilitud que en la modificación de la ley se introduzca una novedad de gran importancia: el accionariado obrero. Dar acceso al trabajador al capital de la Sociedad responde a una de las fases más adelantadas de la integración del trabajo en la comunidad productiva. La experiencia encierra en su aplicación tanto interés como peligros. Interés para los trabajadores que verán satisfechas sus justas aspiraciones; interés para la empresa que obtendrá una mayor integración de todos sus elementos; interés para la nación porque promoverá el ahorro de las economías débiles. Los peligros se manifiestan en los mismos señalados y en los efectos en cadena que pueden abocar en un empeoramiento de las relaciones laborales. A título de ejemplo podemos enumerar algunos de ellos: dificultades en la regulación de la transmisión de títulos, acceso por parte de los trabajadores a un control de la administración, defectuosa aceptación del sistema por considerarse una tenencia abstracta de propiedad, lejana a la posesión material del dinero, etc. En conclusión, aunque la inquietud que se nota es sana será preciso analizar con detenimiento todas las circunstancias que pueden rodear su puesta en marcha, sin que nunca perdamos de vista el escaso éxito que tuvo una ley francesa del año 1917 sobre esta materia.

En el actual texto legal la responsabilidad de los administradores, además de no ser solidaria, se concreta a un número muy limitado de casos de definición muy poco clara. Otra de las modificaciones es posible que tenga por objeto ampliar y definir la responsabilidad de los administradores, de tal forma, que se subsanen los defectos actuales y se vigoricen las garantías de los propietarios no administradores y de los terceros que tengan relaciones con la sociedad.

Otro aspecto de la modificación que reviste gran importancia, y que tendrá consecuencias altamente satisfactorias (por ejemplo para aquellas sociedades que participan en Bolsa), es la referente al «quorum» necesario para que en la Junta gene-

ral se pueda solicitar una información que a juicio del presidente sea perjudicial a los intereses de la sociedad. Actualmente es necesario que una cuarta parte del capital desembolsado apoye dicha petición. Según ciertas opiniones parece probable que sea reducida a una quinta parte. Glosar el acierto de esta novedad es obvio, en un mundo en que la comunicación y el diálogo son los vehículos del progreso.

Otras modificaciones afectarán al número de consejeros; a los requisitos que se les exigirá para el desempeño de sus funcio-

nes; y el otorgamiento al presidente de la Junta general del voto decisivo en caso de empate.

En el pequeño esquema que hemos trazado de la posible modificación de la ley de Sociedades Anónimas, pueden observarse las múltiples interrelaciones que existen entre ellas y que responden a un nexo lógico que se puede plasmar en dos vertientes: promocionar empresas con tamaños de explotación óptimos y fomentar el espíritu de comunidad de producción entre todos sus elementos.

JOSE SAN MIGUEL MONTORIO

Extracto del proceso verbal del interrogatorio realizado al doctor Julius Robert Oppenheimer, el 16 de abril de 1954.

ROBB: Doctor, en su trabajo y discusiones de 1942, en su trabajo sobre el arma termonuclear, en Los Alamos, de 1943 a 1945, y en su solicitud de patente en 1944 y en su consejo, como presidente de la comisión consultiva de la Comisión de la Energía Atómica, de continuar los trabajos acerca del arma termonuclear, en todos esos momentos y en cada una de esas ocasiones, sufrió usted de escrupulos morales o se sintió afectado por preocupaciones en la elaboración de esa arma?

OPPENHEIMER: Ciertamente.

ROBB: Pero usted continuó realizando su labor ¿no es así?

OPPENHEIMER: Sí, porque se trataba de un trabajo de investigación. No se trataba de la preparación de un arma.

ROBB: ¿Quiere usted decir que no era más que una simple excursión académica?

OPPENHEIMER: Se trataba de un intento por descubrir lo que era posible hacer. (...)

ROBB: A partir de 1942 y hasta la reunión (en 1947) de la comisión consultiva, usted había fomentado activa y conscientemente la preparación del arma termonuclear, ¿no es así? ¿No es eso lo que acaba usted de declarar?

OPPENHEIMER: No es la palabra justa. La apoyé y trabajé en ese proyecto, sí.

ROBB: ¿Cuándo se volvieron tan fuertes sus dudas morales que se opuso usted a la preparación del arma termonuclear?

OPPENHEIMER: Cuando se sugirió que la política de los Estados Unidos exigía la fabricación de esos proyectiles como parte de nuestro arsenal, a cualquier precio y sin tener en cuenta el equilibrio entre sus armas y las armas atómicas.

ROBB: ¿Qué tiene que ver eso con las dudas morales?

OPPENHEIMER: Hemos utilizado la bomba atómica sin limitación.

ROBB: Pero, doctor, ¿no ha declarado usted que había ayudado a escoger el objetivo de la bomba lanzada en Japón?

OPPENHEIMER: Así es.

ROBB: Usted sabía bien que el lanzamiento de esa bomba sobre el objetivo que usted había escogido provocaría millares de víctimas entre civiles, ¿no es así?

OPPENHEIMER: No esperaba que fueran tantas.

ROBB: ¿Cuántas víctimas hubo?

OPPENHEIMER: Setenta mil.

ROBB: ¿Sentía usted escrupulos morales?

OPPENHEIMER: Escrupulos atroces.

ROBB: Pero usted ha declarado recientemente que el bombardeo de Hiroshima fue un gran éxito, ¿no es cierto?

OPPENHEIMER: Sí, técnicamente fue un éxito.

ROBB: ¡Ah! técnicamente.

OPPENHEIMER: También se ha dicho que contribuyó a poner fin a la guerra.

ROBB: ¿Habría estimulado usted el lanzamiento de una bomba termonuclear sobre Hiroshima?

OPPENHEIMER: Eso no habría tenido sentido.

ROBB: ¿Por qué?

OPPENHEIMER: El blanco es demasiado pequeño.

ROBB: ¿El blanco es demasiado pequeño? Supongamos que hubiera habido en Japón un blanco suficientemente grande como para el lanzamiento de un arma termonuclear. ¿Se habría opuesto usted al lanzamiento?

OPPENHEIMER: Ese es un problema que no se me planteaba.

ROBB: Pues bien, yo se lo planteo.

OPPENHEIMER: Usted no me plantea un problema real. Me sentí muy aliviado cuando el señor Stimson descartó a Kyoto de la lista de objetivos. Era la ciudad más grande y el blanco más vulnerable. Creo que esto es lo que más se aproxima a su pregunta hipotética.

ROBB: Exactamente. ¿Se habría usted opuesto al lanzamiento de una bomba atómica sobre Hiroshima?

OPPENHEIMER: Nosotros expresamos...

ROBB: Yo le pregunto lo que usted hizo, no nosotros.

OPPENHEIMER: Yo expresé mis temores y presenté argumentos desfavorables.

ROBB: ¿Quiere usted decir que formuló argumentos desfavorables al lanzamiento de la bomba?

OPPENHEIMER: Sí. Pero no defendí expresamente esos argumentos.

ROBB: ¿Quiere usted decir que —después de haber trabajado día y noche durante tres o cuatro años, como usted mismo lo ha dicho, en la preparación de la bomba atómica— formuló el argumento que no debía emplearse?

OPPENHEIMER: No, no preconicé la renuncia a su empleo. El Ministerio de Defensa me había pedido la opinión de los sabios. Yo le formulé los argumentos a favor y los argumentos en contra.

ROBB: ¿Usted era partidario, sin embargo, del lanzamiento de la bomba sobre el Japón?

OPPENHEIMER: ¿Qué entiende usted por «partidario»?

ROBB: ¿Usted ayudó a escoger el blanco, verdad?

OPPENHEIMER: Yo no hice sino mi trabajo, el trabajo que me había sido confiado. Mi situación en Los Alamos no me permitía tomar decisiones políticas. Yo habría hecho todo lo que se hubiera pedido que hiciera, incluyendo bombas de todas clases, si me hubiera parecido técnicamente realizables.

ROBB: ¿Habría usted fabricado igualmente una bomba termonuclear, no es así?

OPPENHEIMER: No estaba en posición de hacerla.

ROBB: Eso no es lo que yo le pregunto, doctor.

OPPENHEIMER: Habría trabajado en ella.

(Del libro Historia y Enajenación, de André Gora).

EL CABALLO DE TROYA

PARTOS MULTIPLES

Ahora, la contradroga. Tras la píldora anti-baby viene la píldora probaby. El nuevo producto ha originado, como ustedes saben, partos múltiples en Suecia y Nueva Zelanda. Anda por los periódicos una historia de quintillizos. El hombre está en manos del hombre. Parece que el invento es cosa de los ingleses. El producto viene de Birmingham. Un inglés, Aldour Huxley, nos anticipó en su «Mundo feliz» las dichas y desdichas de la procreación artificial. Ahora, sus paisanos parecen dispuestos a tomarse en serio aquel dibujo de ciencia-ficción, de ironía-ficción, y van camino de fabricar el hombre artificial. Esperemos que los niños de Birmingham, como los paños de Manchester, se acrediten pronto en el mundo.

Los ingleses son los ingleses y hay que agradecerles el invento, aunque cabe temer o esperar que todos los bebés nacidos gracias a la «droga fertilizante» rompan a hablar en inglés, lo cual arruinaría a las academias de idiomas, que viven casi exclusivamente de enseñar inglés a la gente para que la gente pueda convertirse en una eficiente secretaria de una empresa norteamericana de importación y exportación. También cabe esperar o temer que esos niños, una vez llegados a la edad escolar, se nieguen a aprender el sistema métrico decimal, como los ingleses se han negado durante tantos años, y a ver entonces qué hacemos con ellos. El sistema métrico decimal es uno de los sistemas más respetables de la cultura de Occidente, y Occidente no puede tolerar que el futuro le lleve a esa ordinaria de medir por pies. Los pies, aunque sean ingleses, no han sido hechos para medir, sino para caminar, como fácilmente se observa acomodándose a la calle, como Descartes, y tomando nota metódica de lo que se ve. Y lo que se ve es que la gente no pone los pies sobre los mostradores de las tiendas para medir una tela. Queda mucho más correcto medirla con el metro, sobre todo si se trata de esos metros metálicos y relampagueantes que los dependientes de los grandes almacenes esgrimen de pronto como espadañines de la venta al detall, como mosqueteros de las rebajas de agosto.

A propósito de agosto y del calor, ustedes perdonarán que no comentemos en tono demasiado trascendente la noticia de la «droga fertilizante».

Con un pie aquí y otro en Torremolinos—que tampoco es mala fórmula fertilizante eso de Torremolinos—, uno no puede pararse a meditar sobre las ventajas y desventajas de la nueva hormona—parece que se trata de una hormona—, entre otras razones, porque el resultado de esa meditación podría ser tres erre y paa mayores con reparos, y a lo que uno aspira, más que nada, en este momento, es a pasar un verano cortito, pero tranquilo.

El que se haya registrado un parto múltiple en Suecia, según dice la noticia, no deja de desconcertarnos, pues todos creíamos por aquí abajo—¿no es cierto?—que los suecos aspiraban a ser unigénitos, y si aspiraban a tal, ¿por qué se han comprado la droga? En cuanto a las suecas, dicen lenguas anabólenas que tiene sus propios procedimientos al efecto—y aquí viene a cuento lo de Torremolinos—, pero bien está que la noticia de Estocolmo haya venido a reíntegrar el honrado concepto que tenemos de los suecos y a deshacer la injustificada leyenda que cuatro horteras en vacaciones se han inventado con las suecas.

También parece que ha habido parto múltiple en Nueva Zelanda. Así, de pronto, ninguno de ustedes—ni yo mismo, por supuesto—sabría decir si es bueno o malo eso de que los neozelandeses empiecen a multiplicarse por cinco. Les teníamos tan olvidados... Pero eso de Nueva Zelanda nos suena casi a la China y no deja de ser grave la posibilidad de un nuevo bloque oriental dispuesto a dar guerra con un poeta a la cabeza.

No es ocasión de pronunciarse a favor ni en contra de la píldora probaby, ni de la píldora anti-baby. Sólo queremos señalar que eso que los científicos ingleses van a conseguir mediante laboriosos y admirables procedimientos, destilando hormonas pituitarias, eso del parto triple o quintuple lo consigue cualquier honrado albañil español por procedimientos artesanos, según nos informa todos los días la prensa.

FRANCISCO UMBRAL

JOSE GABRIEL
HUESOS Y ARTICULACIONES
TRAUMATOLOGIA
RAYOS X
Colmenares, 12, segundo izquierda
Consulta de 3 a 8

todo lo necesario para SU coche

- * EMBELLECEDORES
- * CARROCERIAS
- * PINTURA
- * FUNDAS ASIENTOS
- * MOLDURAS

AUTO CARROCERIAS FEYBA
PANADEROS, 61-Tel. 726002